

ReligiōnenLibertad

LA RESURRECCIÓN DE CRISTO SEGÚN LA BEATA ANA CATALINA EMMERICH



www.librosrel.com

Extracto seleccionado de *La Amarga Pasión de Cristo* de Ana Catalina
Emmerich, VOZ DE PAPEL.

Traducción íntegra del original alemán, presentación y notas de José María
Sánchez de Toca Catalá

ÍNDICE

Prólogo	3
Vigilancia del sepulcro de Jesús	5
Los amigos de Jesús en Sábado Santo	6
Algo sobre el viaje a los infiernos	11
Últimas horas de la tarde antes de la Resurrección	15
Libreación de José de Arimatea	17
La noche de la Resurrección	18
Resurrección del Señor	22
La santas mujeres en el sepulcro. Apariciones de Jesús	24
Informes de los guardias del Sepulcro	31

PRÓLOGO

Mel Gibson se inspiró en la obra que tiene usted ahora ante sí para numerosos elementos de su película de 2004 *La Pasión de Cristo*. Multitud de detalles simbólicos con los que el cineasta enriqueció visualmente el puro relato evangélico surgen en las visiones de Ana Catalina Emmerich. También el barroquismo de la puesta en escena procede de esta narración, escrita en pleno romanticismo literario. Y, sobre todo, la crudeza con la que Gibson sorprendió a los espectadores la había él visto, escuchado, olido, palpado y gustado, con sus sentidos de artista en alerta, en las páginas de la célebre religiosa alemana.

Es más: así como la simbología o la escenografía (entre otros méritos) han contribuido a que *La Pasión de Cristo* esté considerada una de las mejores obras de la historia del cine, ha sido precisamente la brutalidad del film la que ha movido a miles de corazones al arrepentimiento. Ana Catalina le hizo ver a Gibson, y él a nosotros, el enorme coste de nuestra salvación. Los sufrimientos de Cristo, tan terribles que angustian, son el precio de nuestros pecados. Nunca quedó tan claro como en las escenas de la flagelación o la crucifixión que protagonizó Jim Caviezel.

¿Quién fue Ana Catalina Emmerich (1774-1824)? Humilde granjera, después costurera y sirvienta, fue una religiosa alemana que ingresó a los 28 años en el convento agustino de Agnetenberg (Dülmen), en Westfalia. Al poco aparecieron en su cuerpo cinco llagas como las de Jesucristo, lo que dio lugar a una dura investigación por parte de las autoridades civiles, temerosas del despertar religioso del pueblo por medio de la admiración que ya se propagaba hacia aquella humilde monja. Llegó a ser encarcelada y sometida a vigilancia día y noche con objeto de averiguar cómo nacían esas heridas. No pudo determinarse. Precisamente el empecinamiento racionalista en encontrar un fraude o una causa médica sirvió para confirmar su inexplicable origen y, a la postre, su sobrenaturalidad.

Su caso corrió como la pólvora y atrajo la atención de Clemente Brentano (1778-1842), un escritor cuyo estilo literario está considerado una de las cumbres del Romanticismo alemán. Acudió a visitarla y la experiencia de

conocerla y tratarla transformó su alma. Le cautivó de tal manera que se instaló en la localidad durante seis años con el único propósito de redactar las visiones que Ana Catalina le iba describiendo. Estos escritos constituyen una de las obras más extraordinarias de la literatura mística, de enorme impacto en la conciencia religiosa de su tiempo, y con un influjo que aún perdura en nuestros días.

¿Introduce la autoría de Brentano alguna duda sobre las visiones? La Iglesia no se ha pronunciado directamente sobre esa cuestión, porque las revelaciones privadas no constituyen objeto de la fe. Cuando San Juan Pablo II beatificó a Ana Catalina Emmerich en 2004, no lo hizo por ellas, sino por su santidad de vida, de la cual los estigmas, de autenticidad comprobada, son la mejor prueba. Evidentemente, la beatificación garantiza que en esas visiones no hay nada contrario a la fe y que pueden servir de edificación espiritual para los fieles.

Y, como es sabido en apoyo de la autenticidad de estos textos, la casa de la Santísima Virgen en Éfeso fue encontrada por los arqueólogos con la única guía de las indicaciones de la religiosa, que jamás había salido de su región natal.

Por todo ello, afirma el cardenal Antonio Cañizares, “las visiones de la beata Ana Catalina no son el credo ni los evangelios, pero robustecen nuestra fe, estimulan nuestro amor y fortalecen nuestra esperanza. Son revelaciones privadas que nadie está obligado a creer. No son dogma de fe y no añaden nada al depósito de la fe que custodia la Iglesia. Pero son una conmovedora ayuda para acercarnos a contemplar la Pasión de Cristo, esclarecen poderosamente nuestra comprensión de los hechos, y nos ponen cara a cara con nuestras responsabilidades y contradicciones”.

VIGILANCIA DEL SEPULCRO DE JESÚS

En la noche del viernes al sábado vi a Caifás y a los dirigentes judíos deliberar sobre lo que había que hacer a la vista de los prodigios ocurridos y el estado de ánimo del pueblo, tras lo cual fueron de noche a casa de Pilatos para decirle que tenían que recordarle que aquel seductor aseguró en vida que resucitaría al tercer día; y que, por tanto, mandara vigilar la tumba hasta el tercer día para que los discípulos no robaran algo y después dijeran por ahí que había resucitado de la muerte, con lo que el segundo embuste sería peor que el primero. Pilatos, no queriendo implicarse más en este asunto, les dijo:

—Vosotros tenéis una guardia; id y vigilad la tumba como podáis.

Sin embargo, les dio a Casio para la guardia, para que lo observara todo y le informara. Acto seguido los vi salir de la ciudad a docenas antes del amanecer; los soldados que los acompañaban no estaban vestidos a la romana, eran soldados del Templo que me parecieron alabarderos. Tomaron consigo cestas con fuego puestas en palos para poder verlo todo de noche y para alumbrarse en la oscura cueva del sepulcro.

Cuando llegaron y se aseguraron de que estaba el cadáver, ataron una cinta atravesada delante de la puerta del túmulo sepulcral, y una segunda, con esta misma cinta a la gran piedra que estaba delante, y las sellaron con un sello en forma de media luna. Luego se volvieron a la ciudad y los guardias se sentaron frente a la puerta exterior del sepulcro. Había allí cinco o seis hombres, número que variaba pues algunos iban de vez en cuando a buscar algo de comer a la ciudad.

Pero Casio no abandonó su puesto, pues la mayor parte del tiempo estuvo sentado o de pie delante de la entrada de la cueva, en una dirección en la que podía atisbar el lado del cerrado túmulo sepulcral en el que yacían los pies del Señor. Había recibido grandes gracias interiores y fue partícipe de muchas visiones y misterios espirituales, de modo que, como no estaba en absoluto acostumbrado a semejantes estados, pasó la mayor parte del tiempo en una especie de maravillosa iluminación interior, como borracho y sin conciencia de

las cosas exteriores. Aquí se transformó completamente en un nuevo hombre, y pasó todo el día en penitencia, acción de gracias y adoración.

LOS AMIGOS DE JESÚS EN SÁBADO SANTO

Como ya dije, ayer por la tarde vi reunidos en el cenáculo a unos veinte hombres con largas vestiduras blancas con ceñidor, que estaban de pie debajo de la lámpara para celebrar el sabbat. Después cenaron y acto seguido se separaron para dormir y algunos se fueron a otras viviendas. Hoy también los he visto; la mayor parte estaban reunidos en silencio en la casa, y se congregaban para rezar y leer alternativamente¹. De vez en cuando dejaban entrar a alguien que venía.

En la parte de la casa donde moraba la Santísima Virgen había una gran sala donde había varios rinconcitos separados con alfombras y mamparos que servían de celdas o dormitorios individuales. Cuando las santas mujeres volvieron del sepulcro, una de ellas encendió la lámpara que colgaba en medio de la sala, y todas se reunieron debajo, alrededor de la Santísima Virgen, y oraron recíprocamente, muy devotamente y con mucha aflicción. Después, tomaron un poco de refrigerio y llegaron Marta, Maroni, Dina y Mara, que venían con Lázaro de Belén² después del sabbat; Lázaro se metió en el cenáculo con los hombres.

Las santas mujeres contaron la muerte y el entierro del Señor a las recién llegadas con muchos llantos de unas y otras. Como se hacía tarde, algunos hombres, entre ellos José de Arimatea, llamaron a las que quisieran volver a sus casas de la ciudad y se despidieron. Cuando este grupo iba camino de sus casas fue cuando apresaron a José junto al tribunal de Caifás, lo quitaron de en medio y lo metieron en una torre, como ya he contado.

Las mujeres reunidas en el cenáculo se separaron y entraron en las celdas dispuestas alrededor de la sala. Se pusieron en la cabeza largas telas que colgaban y se sentaron en el suelo con serena tristeza un rato más, apoyadas en los cobertores enrollados que estaban junto a la pared. Después se levantaron,

¹ abwechselnd, el grupo de oración se divide en dos mitades que van rezando o leyendo alternativamente.

² nach dem sabbat von Bethlehem, creo que es errata por Betania.

desenrollaron los cobertores, se quitaron las sandalias y los cinturones (y algunas los vestidos) se envolvieron de pies a cabeza tal como solían dormir habitualmente, y durmieron un breve sueño tendidas en sus lechos. Luego se levantaron otra vez a media noche, estiraron sus ropas, enrollaron los lechos y rezaron contestándose alternativamente unas a otras.

He visto muchas veces que los hijos fieles de Dios y las personas santas observan este deber del rezo nocturno, incluso después de muy grandes sufrimientos, estimulados unos por una gracia personal, y otros para cumplir una disposición divina y de la Iglesia. Los hombres del cenáculo rezaron también bajo la lámpara, y cuando la Madre de Jesús y sus compañeras acabaron sus rezos, Juan llamó a la puerta de la sala de las mujeres con algunos discípulos. La Santísima Virgen y las santas mujeres en seguida se envolvieron en sus mantos y los siguieron al Templo.

Al mismo tiempo que estaban sellando el sepulcro, la Santísima Virgen llegaba al Templo con las santas mujeres, Juan y varios discípulos, eran aproximadamente las tres de la madrugada. Al despuntar el alba de la mañana siguiente a la cena del cordero pascual, muchos judíos solían ir al Templo, que ya estaba abierto desde medianoche, porque esa mañana los sacrificios comenzaban temprano. Pero hoy, como la fiesta se había interrumpido y el Templo estaba impurificado, todo estaba descuidado y me pareció como si la Santísima Virgen quisiera despedirse a solas del Templo con los suyos. Allí se había educado rezando al Santo hasta que ella misma llevó en su seno al Santo que ayer fue tan cruelmente sacrificado como verdadero cordero pascual.

Según la costumbre de este día, el Templo estaba abierto, iluminado con lámparas, e incluso el atrio de los sacerdotes estaba abierto al pueblo, pero, salvo algunos guardias y servidores, el Templo estaba casi completamente vacío de gente, desierto y desordenado en su mayor parte a causa de los terribles acontecimientos del día de ayer. El Templo estaba impurificado por los muertos y yo me preguntaba a mí misma una y otra vez:

—¿Cómo harán ahora para ponerlo bien?

Los hijos de Simeón y los sobrinos de José de Arimatea, que estaban muy tristes con la noticia de la prisión de su tío, salieron al encuentro de la

Santísima Virgen y sus acompañantes y los llevaron por todas partes, pues estaban de inspección en el Templo. Ellas vieron en silencio, con espanto y veneración, todas las destrucciones, testigos de Dios, y sólo a veces sus acompañantes contaron en pocas palabras los acontecimientos del día anterior.

Muchas de las destrucciones de ayer todavía no estaban reparadas. En el lugar donde se unen el atrio del Templo y el Santo, los muros se habían separado tanto que por allí corría el aire, los muros todavía amenazaban ruina. Se había hundido el dintel de la cortina rasgada del Santo y las columnas que lo soportaban se habían separado por arriba. La cortina, partida en dos de arriba abajo, colgaba por ambos lados.

Por la parte septentrional del Templo, habían caído grandes piedras en el sitio donde Zacarías se apareció en la celda de Simeón, que se había derrumbado. En el atrio se había formado una abertura tan grande que las santas mujeres pudieron pasar sin molestias por ella. Aquí, en el aula grande donde Jesús enseñó de pequeño, pudieron ver a través de la cortina rasgada el interior del Santo, lo que normalmente no era posible. Por todas partes se veían paredes reventadas, piedras caídas al suelo y columnas inclinadas.

La Santísima Virgen fue con sus acompañantes a todos los sitios que Jesús había santificado, se prosternó para besarlos y manifestó sus recuerdos con lágrimas y en pocas y conmovedoras palabras. Sus compañeras hicieron lo mismo.

Los judíos tienen una enorme veneración por todos los lugares en los que ha ocurrido algo santo, los tocan y los besan y se prosternan con la cara en el suelo. A mí, esto nunca me ha extrañado. Si una sabe, cree y siente que el Dios de Abraham, Isaac y Jacob es un Dios vivo que habitaba con su pueblo en el Templo, su casa en Jerusalén, más bien tendría que maravillarse si no lo hicieran así. Quien cree en Dios vivo, Padre, Salvador y Santificador de sus hijos humanos, no se maravilla de que Dios viva entre los vivos por amor, ni de que le den más pruebas de amor, honor y adoración a Él, y a todo lo que se relaciona con Él, que a sus padres terrestres, amigos, maestros, superiores y príncipes.

A los judíos les pasaba con el Templo como a los cristianos con el Santísimo Sacramento, pero también entre judíos, como entre nosotros, los había

iluminados o ciegos que no adoran al Dios vivo y presente, pero caen en los cultos más supersticiosos de los dioses del mundo. No piensan en las palabras de Jesús:

—El que me niegue delante de los hombres, a ése le negaré Yo también ante mi Padre celestial.

Esos hombres que sirven sin cesar al espíritu del mundo y de la mentira con pensamientos, palabras y obras, rechazan sin embargo toda veneración exterior, y si todavía no han rechazado algo de Dios mismo dicen:

—Nosotros rezamos a Dios en espíritu y en verdad.

Pero no saben que esto significa: en el Espíritu Santo y en el Hijo que tomó carne de María la Virgen, dio testimonio de la verdad en la Tierra, vivió entre nosotros, murió por nosotros y estará presente en su Iglesia en el Santísimo Sacramento hasta el fin de los días.

La Santísima Virgen y sus acompañantes anduvieron por muchos lugares del Templo con esa misma veneración. Ella les enseñó donde pisó el Templo por primera vez y donde la educaron hasta sus esponsales, en el lado sur del Templo. Les mostró donde se desposaron ella y San José, donde ofreció al niño Jesús y donde le dijeron sus profecías Simeón y Ana, y en ese momento lloró amargamente porque la profecía se había cumplido y la espada había atravesado su alma. Les enseñó donde encontró a Jesús enseñando en el Templo cuando era un muchacho, y besó reverentemente la cátedra.

También estuvieron en la caja del tesoro donde la viuda echó su óbolo, así como en el lugar donde el Señor perdonó a la adúltera. Solemnizaron con sus recuerdos y su emoción, con lágrimas y oraciones, todos los lugares marcados por Jesús, y después volvieron a Sión.

La Santísima Virgen salió del Templo muy seria, llorando mucho pero serenamente. En un día tan santo, la desolación y la soledad del Templo atestiguaban los pecados de su pueblo. María pensaba en que Jesús lloró por el Templo, y que profetizó:

—Destruid este Templo, y Yo lo levantaré en tres días.

María pensaba que los enemigos de Jesús habían destruido el Templo de su vida, y ansiaba que al tercer día se cumpliera la palabra de la eterna verdad.

Al amanecer ya estaban de vuelta en el cenáculo. La Santísima Virgen se metió con sus acompañantes en su vivienda, que estaba separada y a la derecha del patio; Juan y los discípulos se separaron de ellas en la entrada y pasaron al cenáculo con los demás hombres; todo el sabbat estuvieron reunidos unos veinte en la sala de la Última Cena, bajo la lámpara, y rezando afligidos alternativamente. Vi también que de vez en cuando entraba tímidamente un recién llegado, y hablaba con ellos entre lágrimas.

Todos sentían respeto íntimo y una especie de vergüenza delante de Juan, que había estado presente en la muerte del Señor, pero Juan estaba lleno de simpatía y amor por ellos, y delante de cada uno se retraía y apocaba como un niño. Vi que comieron una vez; por lo demás, la reunión era muy tranquila y la casa estaba cerrada; aquí tampoco les podían atacar, pues la casa pertenecía a Nicodemo y estaba alquilada para la cena pascual.

Volví a ver a las santas mujeres reunidas hasta la noche en la sala oscura, sólo iluminada por la lámpara, pues las puertas estaban cerradas y las ventanas tapadas. A veces rezaban en orden debajo de la lámpara alrededor de la Santísima Virgen y otras veces se retiraban solas a sus cubículos separados, se envolvían la cabeza con las tocas de duelo y se sentaban en cajones planos sobre los que habían esparcido ceniza en señal de luto o rezaban con la cara vuelta a la pared. Cada vez que se reunían a orar debajo de la lámpara, primero se quitaban las tocas de duelo en sus cubículos separados. Vi también que las más débiles de ellas tomaron algún alimento, pero las demás ayunaron.

Varias veces se volvieron mis ojos hacia ellas, y siempre las vi de la manera que he descrito, rezando o haciendo duelo en la sala oscura; y mientras mi contemplación se adhería a los recuerdos de la Santísima Virgen sobre el Señor, a veces veía el santo sepulcro con siete guardias, sentados o en pie, frente a la entrada. Casio estuvo de pie constantemente pegado a la puerta de la bóveda de roca que tenía delante el sepulcro, completamente sereno y recogido. Vi que las puertas que estaban ante el túmulo sepulcral estaban cerradas y la piedra puesta delante. Pero a través de las puertas vi el cuerpo del

Señor, que descansaba tal como lo habían depositado, rodeado de luz y esplendor, entre dos ángeles en adoración.

Cuando dirigí mi contemplación al alma santa de Nuestro Redentor se me mostró una imagen grande y variada del viaje a los infiernos, del que sólo he podido retener una parte muy pequeña, pero que contaré en la medida que pueda.

ALGO SOBRE EL VIAJE A LOS INFIERNOS

Cuando Jesús entregó su alma santísima dando aquel gran grito, yo la vi hundirse dentro de la tierra al pie de la cruz, como una forma de luz con muchos ángeles, entre los cuales estaba Gabriel. Pero vi su divinidad unida tanto con su alma como con su cuerpo colgado de la cruz; no puedo expresar en qué forma ocurría esto. El sitio donde entró el alma de Jesús lo vi dividido en tres partes como si fueran tres mundos y tuve la percepción de que eran redondos y que a cada uno de estos lugares lo separaba un entorno, una esfera.

Delante del anteinfierno había un lugar más claro y, por así decir, más verde y risueño, en el que siempre veo entrar a las almas liberadas del purgatorio antes de que las lleven al Cielo. El anteinfierno, donde se hallaban los que habían esperado la redención, estaba rodeado de una esfera gris y nebulosa y dividido en distintos círculos. El Salvador, radiante de luz y llevado en triunfo por los ángeles, penetró entre dos de estos ámbitos, el de la izquierda, que comprendía a los patriarcas hasta Abraham y el de la derecha, de Abraham hasta San Juan Bautista. Estos aún no conocían a Jesús, pero todos se llenaron de alegría y anhelo, y fue como si su ansia ensanchara estos espacios apretados y temerosos. Entre ellos pasó como un soplo de viento que refrescaba y confortaba como el aire, la luz o el rocío de la Redención. El Señor se metió en un espacio de niebla que había entre aquellos dos círculos, en el que estaban los primeros padres, Adán y Eva, Jesús les habló y ellos le adoraron con arrobos indecibles.

Entonces la comitiva del Señor, acompañada de la primera pareja humana, entró a la izquierda, en el anteinfierno de los patriarcas que habían vivido

antes que Abraham. Era una especie de purgatorio, pues entre ellos había aquí y allá malos espíritus que atormentaban e inquietaban de muchas formas a algunas almas. Los ángeles llamaron y, pues tenía entrada, mandaron abrir una puerta porque había una intrusión; un golpe porque había un cerrojo; y el anuncio de la llegada fue para mí como si el ángel gritara:

—¡Abrid las puertas!, ¡abrid la puerta!

Jesús entró en triunfo y los malos espíritus se retiraron y gritaron:

—¿Qué tienes Tú con nosotros? ¿Qué quieres Tú aquí? ¿Es que ahora nos quieres crucificar?

Y cosas parecidas. Los ángeles los ataron y los empujaron ante sí. Las almas que estaban aquí sólo conocían un poco a Jesús y sólo sabían de Él oscuramente; Él se anunció a ellas y ellas le cantaron alabanzas. Entonces el alma del Señor se dirigió al espacio de la derecha, a lo que es propiamente el anteinfierno, pero antes le encontró el alma del buen ladrón que entraba en el seno de Abraham llevada por ángeles, y la del mal ladrón, que iba al infierno rodeada de demonios. El alma de Jesús las habló y entró en seguida en el seno de Abraham acompañada de la tropa de ángeles y almas liberadas y de los malos espíritus cautivos.

Me pareció que este lugar estaba más alto, como cuando una baja a la cripta y luego sale del subterráneo y sube a la iglesia. Los demonios atados se resistían y no querían entrar, pero los ángeles los obligaron. Aquí estaban todos los israelitas santos, a la izquierda los patriarcas, luego Moisés, los jueces y los reyes; a la derecha los profetas, los antepasados de Jesús y sus parientes hasta Joaquín, Ana, José, Zacarías, Isabel y Juan. En este lugar no había malos espíritus ni suplicio alguno, salvo el ansia ardiente de que se cumpliera la promesa. Ésta se había cumplido ahora, y estas almas se vieron invadidas de bienaventuranza y deleite, y saludaron y adoraron al Redentor. Los malos espíritus aherrojados tuvieron que reconocer su vergüenza ante ellos. Muchas de las almas fueron enviadas arriba, a sacar sus cuerpos de las tumbas para dar testimonio visible del Señor; eso fue cuando en Jerusalén salieron tantos muertos de sus tumbas. Me parecían cadáveres errantes. Luego devolvieron

otra vez sus cuerpos a la tierra, igual que el mensajero de los tribunales deja su capa oficial cuando ha cumplido la orden de sus superiores.

Después vi que la comitiva triunfal del Salvador entró en una esfera más profunda, donde los paganos piadosos que habían presentido y anhelado la verdad se hallaban en una especie de lugar de purificación. Entre ellos había malos espíritus, pues tenían ídolos. Vi que los demonios tuvieron que confesar su fraude, y estas almas rindieron homenaje al Salvador con conmovedora alegría. También aquí los demonios fueron aherrojados y empujados más allá.

Así vi el triunfo del Redentor que, pasando a gran velocidad, liberaba muchas clases de depósitos de almas e hizo todavía infinitamente más, pero en mi triste estado no consigo expresarlo todo. Finalmente vi que Jesús se acercó con gran severidad al infierno, al núcleo del abismo. El infierno se me apareció en forma de una gran construcción de roca con brillo metálico, que se perdía de vista, espantosa y negra, cuya monstruosa entrada está formada por terribles puertas negras con cerrojos y candados. Se oyó un griterío y aullidos de horror, las puertas se abrieron de golpe y apareció un horrible mundo de tinieblas.

Así como las moradas de los bienaventurados de la celestial Jerusalén las veo como una ciudad, y suelo verlas según las innumerables condiciones de la santidad en forma de palacios de muchas clases y jardines llenos de flores y frutos maravillosos de muchas clases distintas, también aquí vi todo en forma de un mundo coherente con muchos edificios, espacios y campos. Pero en vez de bendición, aquí todo era suplicio y tortura, y del mismo modo que en las estancias de los bienaventurados todo aparece formado según bases y relaciones de paz infinita y de satisfacción y armonía eternas, aquí todo tiene por principio la cólera eterna, la discordia y la desesperación. Lo mismo que en el Cielo hay edificios de muchas clases para adoración y alegría, indescritiblemente bellos y transparentes, aquí también son innumerables las oscuras prisiones y cavernas de blasfemia, tortura y desesperación. Lo que allí son maravillosos jardines llenos de frutos de divino refrigerio, aquí son desiertos y ciénagas llenos de tortura, suplicio y todo lo que puede excitar asco y horror.

Vi templos, altares, palacios, tronos, jardines, lagos y arroyos que aquí son de blasfemias, odio, crueldad, desesperación, error, sufrimiento y tortura como

en el Cielo son de bendición, amor, armonía, alegría y santidad. Aquí reina entre los condenados la desgarradora discordia eterna como allí la bienaventurada comunidad de los santos. Aquí todas las raíces de la corrupción y la mentira tomaban forma en innumerables obras y apariciones de suplicio y sufrimiento. Nada era justo aquí; no había ningún pensamiento tranquilizador, sino al contrario, el severo recuerdo de la divina justicia que da a cada condenado la pena y el suplicio que su pecado sembró para él. Pues todo lo horrible que ocurría y aparecía aquí era la esencia, la forma y el odio reconcentrado del pecado sin máscara, la serpiente que se revuelve contra los que ha nutrido a sus pechos. Aquí vi una columnata totalmente espantosa relacionada también con miedo y angustia, erigida como en el Reino de Dios para la paz y el sosiego, etc. Todo esto se puede comprender bien, pero no se puede expresar en detalle.

Cuando los ángeles abrieron las puertas de golpe se vio un hervidero de imprecaciones, blasfemias, injurias, aullidos y lamentos. Ángeles sueltos arrojaron multitudes enteras de malos espíritus. Todos tuvieron que reconocer y adorar a Jesús, y ésta fue para ellos su mayor tortura. Una gran cantidad fue aherrojada en un círculo que rodeaba a otros círculos ligados con él. En el centro había un abismo de tinieblas, y Lucifer fue encadenado y arrojado en él y le rodearon negras burbujas. Todo esto ocurrió según ciertas leyes; si no me equivoco, oí decir que Lucifer sería liberado de nuevo algún tiempo, cincuenta o sesenta años antes del año 2000 después de Cristo. Ya no recuerdo muchas otras precisiones de números. Unos cuantos demonios deben ser liberados antes para castigo y tentación; en nuestra época creo yo que se ha producido la liberación de alguno, y otros más lo serán poco después de nuestra época.

Me resulta imposible decir todo lo que se me ha mostrado; es demasiado para que yo pueda poner en orden una cosa detrás de otra y además, estoy muy enferma y cuando hablo de ello se me vuelve a poner ante los ojos, y se puede morir sólo de verlo.

Pero también vi una multitud innumerable de almas rescatadas que salían de los lugares de purificación y del anteinferno a acompañar la subida del alma del Señor a un alegre lugar de la Jerusalén celestial donde hace algún tiempo vi a uno de mis amigos muertos. También llegó entonces por aquí el

alma del buen ladrón, y volvió ver al Señor en el Paraíso, según su promesa. Vi que, para refrigerio y alegría de las almas, estaban preparadas las mesas celestiales tal como a menudo se me aparecen en imágenes consoladoras.

No puedo decir el tiempo ni la duración de todo esto ni tampoco puedo contar todo lo que he visto y oído; unas cosas porque ya no las entiendo bien, y otras porque podrían ser mal entendidas. He visto al Señor en diferentes puntos, incluso en el mar; y era como si santificara y liberara a todas las criaturas. En todas partes los malos espíritus huían de Él y se precipitaban en el abismo.

Luego vi el alma del Señor en diferentes lugares de la Tierra. La vi aparecer en el interior del sepulcro de Adán debajo del Gólgota. Las almas de Adán y de Eva volvieron allí con Él y habló con ellas y le vi ir con ellas, bajo tierra, de tumba en tumba, a visitar a muchos profetas cuyas almas volvieron a sus huesos para reunirse con Él, y a los cuales les explicó todo. Después vi que, con esta tropa escogida en la que también estaba David, se apareció en muchos lugares de su vida y su Pasión, explicándoles con amor inefable todas las prefiguraciones que les habían ocurrido a ellos y cómo se habían cumplido.

Entre otros lugares le vi también con aquellas almas en el lugar de su bautismo, donde habían ocurrido tantas prefiguraciones; se las aclaró todas y contemplé con profunda emoción la infinita misericordia de Jesús que les hizo llegar en beneficio suyo las gracias de su santo Bautismo.

Es inexpresablemente conmovedor ver el alma del Señor, rodeada de todos estos espíritus consolados y santos, cerniéndose serenamente sobre la Tierra, brillando sobre los campos oscuros, las rocas, las aguas y el aire.

Esto es lo poco que todavía puedo recordar de mis ricas contemplaciones sobre la bajada de Jesús a los infiernos después de su muerte, cuando liberó las almas justas de los patriarcas. Pero además de este acontecimiento, que ocurrió en el tiempo, vi una imagen eterna de su misericordia actual con las pobres ánimas. Cada aniversario de este día, el Señor, por medio de la Iglesia, lanza al purgatorio una mirada que rescata. Hoy, Sábado Santo, mientras estaba en contemplación, vi que había liberado de su lugar de purificación a algunas almas que pecaron cuando su Crucifixión. Hoy vi liberar muchas almas, unas conocidas para mí y otras no, a las que no llamaré por su nombre.

La narradora, todavía en éxtasis, dijo además que la primera bajada de Jesús al anteufrno es el cumplimiento de prefiguraciones anteriores, pero que en sí misma es también una prefiguración que se cumple en la liberación de hoy. La bajada a los infiernos que yo vi es una imagen de un tiempo que ya pasó, pero la liberación de hoy es una verdad duradera, pues la bajada de Jesús a los infiernos plantó el árbol de gracia de sus méritos para las pobres ánimas. La liberación constante y actual de las pobres ánimas es el fruto de ese árbol de gracia en el jardín espiritual del año eclesiástico, pero la Iglesia militante tiene que cuidar ese árbol y recoger sus frutos para hacérselos llegar a la Iglesia purgante, que no puede hacer nada por sí misma.

Lo mismo sucede con todos los méritos del Señor, que para participar en ellos hay que colaborar con Él; debemos comer nuestro pan con el sudor de nuestra frente. Todo lo que Jesús hizo en el tiempo por nosotros da frutos eternos, pero los tenemos que cultivar y cosechar en el tiempo, de lo contrario no los podremos gustar en la eternidad, etc. La Iglesia es un perfecto padre de familia y su año es el jardín perfecto de todos los frutos eternos en el tiempo. En un año hay bastante de todo para todos, ¡ay de los jardineros perezosos e infieles si dejan perder alguna gracia que hubiera podido curar a un enfermo, fortificar a un débil o satisfacer a un hambriento!, porque el día del juicio en el tribunal del padre de familia tendrán que dar cuenta hasta de la brizna más insignificante.

ÚLTIMAS HORAS DE LA TARDE ANTES DE LA RESURRECCIÓN

Cuando se acabó el sabbat, Juan entró donde las santas mujeres, se condolió con ellas y las consoló. Cuando las dejó, al cabo de un rato, llegaron para lo mismo Pedro y Santiago el Mayor, que también se despidieron pronto. Entonces las santas mujeres se separaron, se fueron cada una a su celda y se sentaron en los cajones con ceniza a condolerse, envueltas en sus tocas de duelo.

Mientras la Santísima Virgen estaba sentada en íntima oración, llena de anhelo de Jesús, vi que un ángel se presentó ante ella a decirle que fuera al portillo que tenía Nicodemo en la muralla, porque se acercaba el Señor.

El corazón de María desbordó de gozo; se envolvió en su manto y dejó a las santas mujeres sin decir a nadie adónde iba. Fue sola y de prisa al portillo de la muralla de la ciudad por el que habían venido del jardín del sepulcro.

Serían las nueve de la noche. De repente la Santísima Virgen se paró en silencio en un lugar solitario de su santo camino cerca del portillo. Miró como arrobada con alegre curiosidad hacia lo alto de la muralla. Vi que el alma de Jesús, reluciente y sin heridas, acompañada de una multitud de almas de los patriarcas, bajaba cerniéndose hacia la Santísima Virgen. Jesús se volvió a los patriarcas, señalándola, y dijo estas palabras:

—María, mi Madre.

Fue como si la abrazara; luego desapareció. La Santísima Virgen se hincó de rodillas y besó el suelo donde Jesús había estado; sus rodillas y pies quedaron impresos en la piedra. Con indecible consuelo se apresuró a volver con las santas mujeres, a las que encontró ocupadas preparando ungüentos y especias en una mesa. No les dijo lo que le había pasado, pero estaba muy confortada, consoló a todas y las fortaleció en la fe.

Cuando María regresó, vi a las santas mujeres de pie junto a una mesa larga, que tenía las patas cruzadas como una credencia, y que estaba cubierta con un mantel que llegaba al suelo. Algunas extendían, mezclaban y ordenaban en la mesa toda clase de manojos de hierbas. Tenían botellitas con ungüento y agua de nardos y flores frescas, entre las que recuerdo unos lirios a rayas. Lo envolvieron todo en tela. Durante la ausencia de la Virgen, Magdalena, María Cleofás, Salomé, Juana Cusa y María Salomé habían salido a la ciudad a comprarlo todo. Mañana temprano querían ir al sepulcro a verter los aromas y espacir todo sobre el cuerpo envuelto del Señor. Algunas de estas cosas las habían ido a buscar los discípulos a casa de la vendedora de hierbas medicinales y después las trajeron a casa, pero sin entrar donde las mujeres.

LIBERACIÓN DE JOSÉ DE ARIMATEA

Poco después de que la Santísima Virgen viera el alma del Señor y volviera con las mujeres, vi a José de Arimatea rezando en la cárcel. De pronto la prisión se

llenó de luz y oí una voz que le llamaba por su nombre. Vi que arriba el tejado se levantaba de los muros en la juntura de las piedras. Una figura luminosa le dejó caer una sábana que me recordó la sábana con que habían envuelto a Jesús, y le mandó subir. José se agarró con ambas manos y, apoyándose en las piedras salientes de la pared, subió por lo menos dos alturas de hombre hasta la abertura, que se cerró tras él. Cuando estuvo arriba vi que la aparición desapareció; no sé si le liberó el Señor o si fue un ángel.

Vi que entonces corrió sin que le vieran por un trecho de la muralla de la ciudad hasta cerca del cenáculo, que estaba próximo a la muralla meridional de Sión; aquí bajó de la muralla y llamó a la puerta del cenáculo. Los discípulos congregados habían cerrado la puerta y estaban muy afligidos por la desaparición de José, pues habían creído la noticia que circulaba de que lo habían echado en una cloaca. Cuando le abrieron y pasó entre ellos, la alegría de los discípulos fue tan grande como la que tuvieron cuando San Pedro llegó después de que un ángel lo liberó de la prisión. José contó la aparición que había tenido y los demás se alegraron y consolaron con ello, le dieron de comer y dieron gracias a Dios. Esta misma noche, José huyó de Jerusalén a la ciudad de sus padres y, al cabo de unos días, al saber que ya no corría peligro, volvió a Jerusalén.

Al final del sabbat vi también a Caifás y otros sumos sacerdotes en casa de Nicodemo. Conversaron con él y le hicieron varias preguntas aparentemente llenas de buena voluntad, que ya no se cuáles fueron. Nicodemo estuvo firme y leal en su defensa de Jesús y ellos se retiraron.

LA NOCHE DE LA RESURRECCIÓN

Poco después de esto vi el sepulcro del Señor, donde todo estaba tranquilo; unos siete guardias estaban en pie o sentados frente a la colina³. En todo el día, Casio rara vez había abandonado, y sólo por pocos instantes, su puesto ante la entrada de la cueva del sepulcro, y ahora estaba de nuevo sumido en varias clases de contemplación y espera, pues se le habían participado grandes gracias

³ Hügel, «colina», podría referirse a la peña del sepulcro o al monte Calvario.

e iluminaciones con muchas emociones y visiones interiores. Era de noche y las cestas con fuego arrojaban cruda luz alrededor. Entonces mi contemplación se acercó a adorar el santo cuerpo, que descansaba con su envoltura intacta, circundado de un resplandor de luz, entre los dos ángeles que desde el entierro he visto constantemente en serena adoración, uno a la cabeza y otro a los pies del santo cuerpo. Estos ángeles aparecían totalmente en figura sacerdotal y recordaban por la posición de sus brazos, cruzados sobre el pecho, a los querubines del Arca de la Alianza, salvo que no tenían alas.

En general toda la sepultura y el túmulo del Señor me recordaban mucho y muy vivamente al Arca de la Alianza en diversas épocas de su historia. Puede que la luz y la presencia de los ángeles fueran visibles de alguna manera para Casio, y por eso estaba en contemplación permanente ante la puerta cerrada, igual que alguien que está adorando al Santísimo Sacramento.

Estaba yo contemplando en adoración el santo cuerpo cuando el alma del Señor, acompañada de los espíritus redimidos de los patriarcas, penetró hasta el túmulo sepulcral a través de la peña y les mostró todo el maltrato que había sufrido su santo cuerpo martirizado.

En ese instante pareció como si todas las envolturas se deshicieran, y vi el santo cuerpo completamente lleno de heridas. Fue como si la divinidad que moraba en Él hubiera desvelado de manera misteriosa ante esas almas el santo cuerpo en todo su destrozo y martirio. El santo cuerpo me pareció totalmente transparente y se podía ver en él sin velos hasta lo más hondo. Las almas pudieron conocer a fondo sus heridas, enfermedades y dolores; estaban llenas de un respeto indecible y parecían temblar y llorar de compasión.

Entonces me sobrevino una contemplación de la que no soy capaz de contar claramente todo su misterioso contenido. Vi como si el alma de Jesús, todavía sin causar vida por unión perfecta con el santo cuerpo, se alejaba del sepulcro con el cuerpo y dentro de él. Me pareció que los dos ángeles adorantes alzaron verticalmente el santo cuerpo martirizado, mísero, desnudo y lleno de heridas, y con sus miembros en la misma situación que tenían en el lecho sepulcral.

Lo vi elevarse al cielo a través de la peña, que tembló a su paso y tuve una contemplación en la que Jesús presentó su cuerpo lacerado ante el Trono de su Padre celestial, entre innumerables coros de ángeles en adoración, justo en la

misma forma en que después de la muerte de Jesús las almas de algunos profetas entraron momentáneamente en sus cuerpos y los llevaron al Templo, sin que los cuerpos realmente vivieran ni tuvieran que morir de nuevo, pues las almas los abandonaron sin separación violenta.

En ese momento observé una conmoción en la peña del sepulcro. Cuatro de los guardias habían ido a buscar algo a la ciudad, pero los tres guardias presentes cayeron como sin conocimiento. Lo achacaron a un temblor de tierra y no se fijaron en las causas. Pero Casio estaba muy conmovido y estremecido, pues por algunos instantes vio claramente lo que ocurría, aunque sin entenderlo. Pero se mantuvo en su puesto y esperó con mucha devoción lo que seguiría. Mientras tanto, volvieron los soldados ausentes⁴.

Después, mi contemplación volvió de nuevo con las santas mujeres y vi que en cuanto terminaron la preparación de las especias y las empaquetaron en telas para llevarlas, se retiraron a descansar a sus rincones, pero no se estiraron completamente para dormir, sino que apoyaron la espalda en sus lechos enrollados, porque querían ir al sepulcro de Jesús antes de que amaneciera. Varias veces habían expresado su preocupación por este proyecto, pues tenían mucho miedo de que los enemigos de Jesús prepararan asechanzas cuando salieran, pero la Santísima Virgen, que desde la aparición de Jesús estaba penetrada de nuevos ánimos, las consoló y les dijo que primero descansaran algo y luego fueran al sepulcro con buen ánimo, que no les pasaría nada malo.

Serían las once de la noche cuando la Santísima Virgen, llevada del amor y de su anhelo, no pudo esperar más. Se levantó, se envolvió en un manto pardo, y salió sola de la casa. Yo pensaba:

—¿Cómo se puede dejar que esta Santa Madre, tan angustiada y tan sacudida, vaya sola en estas circunstancias?

La vi ir afligida a la casa de Caifás y luego al palacio de Pilatos, una larga caminata por la ciudad. Luego recorrió sola por calles desiertas todo el Viacrucis de Jesús, deteniéndose en todos los lugares donde el Señor había sufrido algún padecimiento o donde había ocurrido un maltrato. Como si buscara algo que hubiera perdido, con frecuencia se prosternaba en el suelo,

⁴ Dice Anwesend, «presentes», posiblemente errata por «Abwesenden», «ausentes».

palpaba las piedras de alrededor con las manos y luego se tocaba la boca como si hubiera tocado el santuario, la sangre del Señor, y lo quisiera besar reverentemente. Estaba en un estado de amor muy elevado, veía claro y luminoso todo lo que estuviera santificado a su alrededor y estaba sumida en amor y adoración. La acompañé todo el camino y en la medida de mis débiles fuerzas hice y sentí lo que ella hacía y sentía.

María completó su camino hasta el Calvario, y cuando ya estaba cerca, se quedó quieta y contemplé la aparición de Jesús con su santo cuerpo martirizado ante la Santísima Virgen; un ángel le precedía, a su lado estaban los dos ángeles adorantes del sepulcro, y le seguía una gran multitud de almas redimidas. Jesús no se movía, era como un cadáver ambulante rodeado de luz, pero escuché una voz que salió de Él para anunciar a su Madre lo que había hecho en el anteufrío y que ahora resucitaría en cuerpo viviente y transfigurado y entonces vendría a verla, que le esperara en la piedra del Calvario donde Él se había caído. La aparición se fue a la ciudad y la Santísima Virgen se quedó arrodillada rezando envuelta en su manto en el lugar donde el Señor la había citado. Debían ser las doce bien pasadas, pues María estuvo largo rato en el Viacrucis.

La comitiva del Señor hizo el Viacrucis completo, donde se mostró a las almas que lo acompañaban toda la Pasión y todos los maltratos a Jesús. Los ángeles reunieron de una manera misteriosa todas las santas sustancias que le fueron arrancadas en su Pasión. Vi que también se les mostró cómo le clavaron en la cruz, cómo la izaron, la herida del costado, el descendimiento y la preparación para la sepultura. La Santísima Virgen lo contempló todo en espíritu, amando y adorando.

Contemplé entonces que el cuerpo del Señor volvió a reposar en el santo sepulcro, pero ahora tenía todo lo que le habían arrancado en los suplicios, completado por los ángeles de un modo misterioso. Volví a verlo como antes, envuelto en su mortaja, circundado de resplandor y con los dos ángeles adorantes, uno a la cabeza y otro a los pies.

No soy capaz de expresar cómo lo he visto; es tanto, tan diverso y tan completamente inexpresable, que nuestro entendimiento no lo puede entender nunca según el orden de las cosas habituales. Lo que allí me parece

perfectamente claro e inteligible, aquí se enturbia y no logro expresarlo con palabras.

Cuando el cielo matinal comenzó a aclararse por levante con blancas rayas de luz, vi que Magdalena, María Cleofás, Juana Cusa y Salomé salieron de la vivienda junto al cenáculo completamente envueltas en sus mantos. Llevaban paquetes de especias envueltos en telas, y una de ellas llevaba también una luz encendida, todo ello oculto bajo los mantos. Las especias consistían en flores frescas para esparcir y zumos exprimidos, esencias y óleos para verterlas por encima. Vi que las santas mujeres se encaminaron con mucho miedo al portillo de Nicodemo.

RESURRECCIÓN DEL SEÑOR

Vi la aparición del alma de Jesús entre dos ángeles guerreros, los mismos que antes aparecían en forma sacerdotal, rodeada de muchas figuras luminosas, como un gran resplandor que descendía cerniéndose a través de la peña del sepulcro a su santo cadáver. Fue como si el resplandor se inclinara y se fundiera con Él y entonces vi moverse sus miembros dentro de sus envolturas, y como si el resplandeciente cuerpo vivo del Señor, penetrado de su alma y su divinidad, saliera del costado de la mortaja, como si se alzara de la herida del costado. Todo estaba lleno de luz y resplandor.

Entonces vi en contemplación la aparición de un monstruo que subía enroscándose desde lo hondo como por debajo del túmulo sepulcral. Encabritó su cola de serpiente y volvió al Señor con odio su cabeza de dragón. Recuerdo que tenía además también una cabeza humana. Pero en la mano del Redentor que se levantaba vi una vara fina y blanca con una banderita que flameaba en la punta; el Señor pisó la cabeza del dragón y le pegó tres veces con la vara en la cola de serpiente, que a cada golpe se hizo más delgada y finalmente desapareció, hasta que finalmente toda la cabeza del dragón estuvo pisada en el suelo, y sólo miraba hacia arriba la cabeza humana.

Esta imagen ya la había visto a menudo en la Resurrección. También había visto ya una serpiente parecida emboscada en la Encarnación de Cristo. La esencia de esta serpiente me recuerda mucho a la serpiente del Paraíso, sólo

que era todavía más horrible. Creo que esta imagen está en relación con la promesa:

—La semilla de la mujer pisará la cabeza de la serpiente.

En conjunto, a mí me parece que sólo es un símbolo de la victoria sobre la muerte, pues mientras vi aplastar la cabeza del dragón, ya no vi al Señor en el sepulcro.

Entonces vi que el Señor resplandeciente flotaba a través de la peña. La tierra tembló y un ángel en figura de guerrero bajó del cielo al sepulcro como un rayo, puso la piedra al lado derecho y se sentó encima. La sacudida fue tal que la cesta de lumbre osciló y las llamas salían hacia afuera. Los guardias que lo vieron cayeron como atontados por los contornos y se quedaron tendidos como muertos y en posturas retorcidas. Casio vio todo lleno de resplandor, pero se rehizo rápidamente, entró al sepulcro y, abriendo la puerta un poco, palpó los paños vacíos y se fue a informar a Pilatos de lo que ocurría. No obstante aún se quedó un rato por si veía algún nuevo acontecimiento, pues él no había visto a Jesús, sino solamente el terremoto, el ángel moviendo la piedra, el instante en el que el ángel se sentó en la piedra y el sepulcro vacío. A los discípulos, estos primeros sucesos se los contaron, unos Casio, y otros, los guardias.

Pero en el instante en que el ángel echó abajo la piedra de la tumba y tembló la tierra, vi que el Señor resucitado se apareció a su Madre en el Calvario. Estaba extraordinariamente bello, serio y resplandeciente. La ropa en torno a sus miembros parecía un ancho manto ondeante cuyo borde jugaba en el aire al caminar; el manto tenía un brillo blancoazulado como el humo a los rayos del sol. Las llagas de Jesús eran muy grandes y brillantes y en la de la mano bien se podía meter un dedo. Los bordes de las heridas tenían las líneas de tres triángulos iguales que se reunían en el punto central de un círculo, y del centro de la mano salían rayos hacia los dedos. Las almas de los patriarcas se inclinaron ante la Madre de Jesús, a quien el Señor dijo algo que he olvidado sobre que se volverían a ver. Le enseñó sus llagas y cuando ella se prosternó para besar sus pies, la tomó de la mano, la levantó y desapareció.

Vi titilar a lo lejos las cestas de fuego en el sepulcro y hacia levante la luz de la aurora formaba un banco blanco sobre Jerusalén.

LAS SANTAS MUJERES EN EL SEPULCRO. APARICIONES DE JESÚS

Cuando Nuestro Señor resucitó, las santas mujeres estaban cerca del portillo de Nicodemo; no habían visto ningún signo y tampoco sabían nada de la guardia, pues ayer, que era sabbat, ninguna había estado en el sepulcro, sino que estuvieron de duelo y encerradas. Ahora se preguntaban preocupadas unas a otras:

—¿Quién nos rodará la piedra de la puerta?

Pues, en su deseo de rendir homenaje al cuerpo del Señor, no se habían acordado de la piedra. Su propósito era verter agua de nardo y ungüentos sobre el cuerpo de Jesús y esparcir sobre él plantas aromáticas y flores, pues ayer no habían podido contribuir a la preparación del cadáver con especias, que únicamente aportó Nicodemo y ahora querían ofrecer al cadáver de su Señor y Maestro lo más precioso que pudieron. Salomé compró la mayor parte de las cosas, no la madre de Juan, sino otra Salomé, una rica de Jerusalén emparentada con San José. Decidieron que pondrían sus especias en la piedra de delante del sepulcro hasta que llegara algún discípulo que se ocupara de abrirlo, y así fueron hacia el jardín.

Los guardias estaban como atontados y tirados por aquí y por allá en posturas retorcidas; la piedra estaba en el zaguán, desplazada a la derecha, y las puertas, que ahora estaban sólo presentadas, se podían abrir. A través de la puerta vi que los lienzos que habían envuelto al cuerpo estaban sobre el túmulo sepulcral de la siguiente manera: La gran sábana, en la que había estado envuelto el cuerpo, estaba como antes, sólo que hueca, hundida y dentro sólo tenía hierbas. Las vendas, que habían envuelto esta sábana, estaban todavía como si envolvieran algo, como si estuvieran apuntaladas, con su longitud a lo largo del borde delantero del túmulo sepulcral; pero el paño, con el que María había envuelto la cabeza de Jesús, estaba separado, a la derecha de

la cabeza, enteramente como si la cabeza estuviera dentro, pero con la cara tapada.

Entonces vi que las santas mujeres se acercaron al jardín, pero al ver las luces de la guardia y los soldados tirados alrededor se asustaron, y subieron un poco por el jardín hacia el Gólgota. Pero Magdalena olvidó todo peligro y se precipitó en el jardín y Salomé la siguió a cierta distancia; estas dos se habían ocupado sobre todo de los ungüentos. Las otras dos mujeres, más temerosas, esperaban delante del jardín. Vi que Magdalena se acercó a los guardias, y al verlos tirados por el suelo se asustó y retrocedió un poco hacia Salomé, pero luego las dos juntas pasaron tímidamente entre los guardias tumbados y entraron en la cueva del sepulcro. Vieron la piedra rodada a un lado, pero las puertas estaban arrimadas, lo que probablemente había hecho Casio.

Magdalena abrió de golpe, con mucho miedo, las puertas, se quedó mirando fijamente al túmulo sepulcral y vio que los lienzos estaban vacíos y apartados. Todo estaba lleno de resplandor y un ángel estaba sentado a la derecha en el lecho de piedra. Magdalena se quedó estupefacta y no sé si oyó alguna de las palabras del ángel; en seguida la vi salir corriendo rápidamente por el portillo de Nicodemo a la ciudad, al lugar donde estaban reunidos los discípulos. Tampoco sé si María Salomé, que no había pasado del zaguán, captó alguna de las palabras del ángel; en seguida la vi huir del jardín con mucho dolor en pos de Magdalena, y salió a buscar a las otras dos mujeres que se habían quedado delante del jardín, para anunciarlas lo que había ocurrido.

Todo esto pasó muy deprisa y con mucho terror, como ante fantasmas. Las otras mujeres, a las que informó María Salomé, se alegraron y espantaron a la vez y estuvieron titubeando un momento sobre si irían al jardín. Casio, que después de abandonar la cueva, había estado esperando un rato por allí haciendo pesquisas por si veía a Jesús y, en particular, por si acaso se mostrara a las santas mujeres que se acercaban, ahora se apresuró hacia la puerta de la Ejecución para llevar la noticia a Pilatos, y al pasar les dijo a las mujeres a toda prisa, con pocas palabras y a grandes rasgos, lo que había ocurrido y las animó a que ellas mismas fueran a convencerse.

Entonces ellas cobraron ánimos y entraron juntas en el jardín y cuando entraron con mucho miedo en el zaguán, allí estaban delante de ellas los dos

ángeles del sepulcro con sus relucientes vestiduras sacerdotales blancas. Las mujeres se quedaron espantadas, se apretaron y, cubriéndose los ojos con las manos, se prosternaron temerosamente hasta el suelo. Uno de los ángeles habló para decirles algo así como:

—No debéis temer, no debéis buscar aquí al crucificado; está vivo, ha resucitado y ya no está en el sepulcro de los muertos.

Les mostró también que aquellos lugares estaban vacíos y las mandó que dijeran a los discípulos lo que habían visto y oído. Jesús les precedería en ir a Galilea, y debían recordar lo que les dijo en Galilea:

—El Hijo del Hombre tiene que ser entregado en manos de los pecadores y ser crucificado, y al tercer día resucitará de nuevo.

Entonces desaparecieron los ángeles, y las santas mujeres, temblorosas y vacilantes, y, sin embargo, llenas de alegría, examinaron el sepulcro y los lienzos, lloraron y desde allí se fueron a la puerta. Aunque todavía estaban muy espantadas, no se apresuraron, y a cierta distancia se paraban de vez en cuando y miraban alrededor por si veían al Señor o si volvía Magdalena.

Mientras pasaba todo esto, vi que Magdalena llegó al cenáculo. Estaba fuera de sí y llamó enérgicamente; algunas todavía estaban durmiendo junto a la pared, otras estaban levantadas y hablaban; fueron Pedro y Juan quienes abrieron la puerta. Magdalena sólo les dijo desde fuera estas palabras:

—Se han llevado al Señor del sepulcro, no sabemos adónde.

Y después se volvió corriendo a toda prisa al jardín del sepulcro. Pedro y Juan volvieron a entrar en la casa, hablaron con los demás discípulos y la siguieron deprisa, Juan más deprisa que Pedro.

Vi otra vez en el jardín a Magdalena, que corrió a meterse en el sepulcro; el dolor y la carrera la habían puesto fuera de sí. Estaba completamente empapada de rocío; su manto se le había resbalado de la cabeza a los hombros y tenía sus largos cabellos caídos y sueltos. Como estaba sola, no se atrevió a entrar en seguida en la cueva, sino que se quedó un rato al borde de la excavación que había delante de la entrada del zaguán. Se encorvó mucho para mirar hacia el túmulo sepulcral por entre las puertas, que estaban bastante bajas en el zaguán, y en esto, al echar atrás con las manos sus cabellos, que le

caían sobre la cara, retrocedió y vio a los dos ángeles con blancas vestiduras sacerdotales sentados a la cabeza y los pies del túmulo sepulcral y en seguida oyó la voz de uno de ellos que decía:

—Mujer, ¿por qué lloras?

Ella, desolada, pues no sabía ni pensaba en nada, excepto en que el cuerpo del Señor no estaba allí, gritó:

—Se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto.

Al decir esto y no ver más que los lienzos, se volvió en seguida como una que está buscando, pues pensaba que lo encontraría por encima de todo; tenía un oscuro presentimiento de que estaba cerca y la aparición de los ángeles ni siquiera la distrajo de su idea. Era como si no se le ocurriera que fueran ángeles; no podía pensar más que en Jesús, en nada sino «¡Jesús no está aquí!, ¿dónde está Jesús?». La vi dar unos pasos delante del sepulcro, totalmente enloquecida, yendo y viniendo como una persona que busca. Sus largos cabellos le caían por los hombros a derecha e izquierda de la cara, y en un momento dado se atusó toda la masa de su pelo y con las dos manos la llevó al hombro derecho, luego sostuvo las dos matas de pelo en ambas manos, las echó para atrás y miró alrededor.

Entonces, a unos diez pasos de la peña del sepulcro, hacia levante, en el sitio donde el Huerto sube hacia la ciudad, entre los arbustos que estaban detrás de una palmera, vio aparecer a la incierta luz del alba una figura alta y vestida de blanco. Se precipitó hacia allí y oyó otra vez las palabras:

—Mujer, ¿por qué lloras?, ¿a quién buscas?

Ella creyó que la figura era el hortelano, y yo lo vi también con una azada en la mano y un sombrero plano que parecía una visera contra el sol hecha con una corteza atada por delante, justo como el jardinero que vi en la parábola que Jesús contó en Betania a las mujeres poco antes de su Pasión; la aparición no era luminosa, sino sólo una persona con vestiduras largas y blancas a la luz del amanecer. A las palabras:

—¿A quién buscas?

Ella replicó inmediatamente:

—¡Señor, si te lo has llevado, dime adónde y yo le iré a buscar!

Y al mismo tiempo volvió a mirar por si Jesús estuviera cerca. Entonces Jesús le dijo con su voz habitual:

—¡María!

Y ella, al reconocer la voz y darse cuenta de que Jesús vivía, olvidó la Crucifixión, la muerte y el entierro, y volviéndose instantáneamente dijo como tantas veces:

—¡Rabuní! (¡Maestro!)

Y cayó de rodillas y extendió sus brazos hacia sus pies. Pero Jesús levantó las manos, defendiéndose de ella, y dijo:

—¡No me toques, pues aún no he subido hacia mi Padre! Pero ve a mis hermanos y diles que subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y el vuestro.

Entonces el Señor desapareció. Se me aclaró por qué dijo el Señor «¡No me toques!», aunque ya no estoy muy segura, pienso que el Señor lo dijo porque era muy impetuosa y estaba convencida de que estaba vivo como antes y que todo era como antes. Sobre las palabras de Jesús «¡Aún no he subido hacia mi Padre!» se me explicó que Él todavía no se había presentado a su Padre celestial después de su Resurrección y aún no le había dado las gracias por la Redención y por su victoria sobre la muerte.

Como Jesús le dijo, las primicias de las alegrías pertenecían a Dios, y ella primero debía recapacitar y dar gracias a Dios porque se había cumplido el misterio de la redención y la victoria sobre la muerte. Magdalena había querido abrazar sus pies como siempre sin pensar más que en su querido Maestro, pero con la violencia de su amor había olvidado la totalidad del milagro.

Después de que desapareció el Señor vi que Magdalena se levantó de pronto, y corrió otra vez al sepulcro como si hubiera estado en un sueño. Entonces vio a los dos ángeles sentados en el sepulcro, escuchó lo mismo que habían oído las otras veces sobre la Resurrección, vio los lienzos, y ahora, completamente segura del milagro y de lo que había visto, se apresuró a buscar a sus acompañantes por el camino del Gólgota, que andaban por allí errantes y

vacilantes, en parte esperando la vuelta de Magdalena y en parte con el deseo de ver al Señor por alguna parte.

Todo lo que pasó con Magdalena sólo duró un par de minutos, serían las dos y media cuando se le apareció el Señor. Apenas salió Magdalena del jardín entró en él Juan, y luego Pedro, muy cerca detrás de él. Juan se puso al borde, delante de la entrada, se inclinó a mirar por la puerta del zaguán a través de las entreabiertas puertas del sepulcro y vio los lienzos. Entonces llegó Pedro, entró en la cueva, se puso delante del túmulo sepulcral y vio en el centro del túmulo la mortaja arrollada desde ambos lados hacia el centro, con las especias y aromas envueltos dentro. Las vendas estaban alrededor, arrolladas tal como las mujeres suelen arrollarlas para guardarlas. El sudario de la cara estaba a la derecha de los otros y hacia la pared, pero también ordenado.

Luego Juan siguió a Pedro al túmulo sepulcral, vio lo mismo y creyó en la Resurrección. Ahora tenían claro lo que el Señor había dicho y lo que está en la Escritura, que antes habían tomado a la ligera. Pedro se metió los lienzos debajo del manto y se apresuraron a volver a casa por el portillo de Nicodemo; Juan volvió a adelantarse corriendo a Pedro.

He visto el sepulcro con ellos y también con Magdalena, y las dos veces vi a los ángeles sentados como siempre a la cabeza y los pies, lo mismo que todo el tiempo que el cuerpo de Jesús estuvo en el sepulcro; pero me parece que Pedro no los vio. A Juan le oí decir a los discípulos de Emaús que, mirando desde el zaguán, había visto un ángel. Tal vez Juan, asustado, dejó entrar primero a Pedro y luego por humildad no lo puso en el Evangelio para que no pareciera que había visto más que Pedro.

Sólo entonces vi por primera vez que los guardias tirados por allí volvieran en sí y se animaran a levantarse. Tomaron sus alabardas y las cestas de lumbre que ardían en sus estacas junto a las puertas de la entrada y arrojaban claridad dentro, y salieron corriendo del jardín, apocados y destrozados, para ir a la ciudad por la puerta de la Ejecución.

Entre tanto, Magdalena había encontrado a las santas mujeres y les había contado lo que le dijo a Pedro y ahora al Señor en el jardín, y luego que había visto a los ángeles; las mujeres repusieron que ellas también habían visto a los ángeles. Entonces Magdalena corrió a la puerta de la Ejecución para ir a la

ciudad, pero las mujeres se volvieron al jardín, quizás para encontrar allí a los dos apóstoles. Vi que los guardias se acercaron a ellas y les dijeron algo. Ya cerca del jardín del sepulcro, les salió al encuentro la aparición de Jesús con una vestidura larga y blanca que le colgaba incluso sobre las manos y que les dijo:

—¡Os saludo!

Se echaron a sus pies temblando y fue como si quisieran abrazar sus pies, algo que, sin embargo, no recuerdo haber visto claramente, pero vi que el Señor les dijo unas palabras, señaló con la mano hacia una comarca y desapareció, con lo cual las mujeres se dieron prisa en ir a la ciudad por la puerta de Belén a decir a los discípulos en el cenáculo que habían visto al Señor y que les había hablado.

Sin embargo, los discípulos al principio no querían creer nada de lo que decían ellas y Magdalena, y lo tuvieron por figuraciones de mujeres hasta que volvieron Pedro y Juan.

Juan y Pedro, que se habían quedado estupefactos de asombro, encontraron en su camino de vuelta a Santiago el Menor y Tadeo, que les habían seguido al sepulcro. También estos dos estaban muy conmocionados, pues el Señor se les había aparecido hacía poco cerca del cenáculo. Vi que Jesús adelantó a Pedro y a Juan y me parece que Pedro lo vio, pues de repente le vi estremecerse mucho; no sé si Juan también lo reconoció.

Ahora veo en esta imagen que el Señor se aparece muy a menudo aquí y allá, en Jerusalén y en otros lugares, perfectamente visible, a personas que no me parece que lo vean. A veces alguien se estremecía o se asombraba de repente mientras los demás seguían completamente indiferentes. Es decir, que yo veo siempre al Señor, pero, al mismo tiempo, me doy cuenta de que la gente sólo lo ve de vez en cuando.

En el interior del sepulcro contemplé a los dos ángeles sacerdotales, siempre junto al sepulcro del Señor, pero, al mismo tiempo, me di cuenta de que las santas mujeres a veces no los veían, o solo veían uno, y luego volvían a ver los dos. Los ángeles que hablaron a las mujeres eran los ángeles del sepulcro que parecían sacerdotes. Sólo habló uno de ellos, y cuando las puertas no estaban

abiertas del todo, sólo vieron a uno de ellos. El ángel que bajó del cielo como un rayo para correr la piedra y que luego se sentó en ella, apareció en figura de guerrero y, al principio, Casio y los guardias le vieron sentado en la piedra. Los ángeles que hablaron después eran los del sepulcro; los dos o sólo uno. Ya no me acuerdo por qué ocurrió así todo esto; pero a mí lo que veía no me maravillaba, pues todo es como es, todo está bien, y nada parece raro.

INFORMES DE LOS GUARDIAS DEL SEPULCRO

Mientras ocurría todo esto, Casio fue a ver a Pilatos, cosa de una hora después de la Resurrección. Vi que el procurador romano estaba todavía acostado cuando Casio se presentó ante él. Casio contó a Pilatos con mucha emoción que la peña tembló, que bajó un ángel que apartó la piedra, y que dentro estaba la mortaja vacía. Seguro que Jesús era el Mesías, el Hijo de Dios; había resucitado y ya no estaba allí. También le contó varias cosas más que había visto. Pilatos lo escuchó todo con secreto pavor; pero no lo dejó traslucir y dijo a Casio:

—Tú eres un supersticioso; has hecho una necedad al ponerte en el sepulcro del Galileo pues ahora sus dioses tienen poder sobre ti y te han hecho ver todas esas visiones mágicas, te aconsejo que calles estas cosas a los sumos sacerdotes, pues de lo contrario te van a traer malas consecuencias.

Pilatos aparentó creer que el cuerpo de Jesús lo habían robado los discípulos, y que si la guardia decía otra cosa sería por disculparse, o quizás porque también estuvieran hechizados. Después de algunas de estas expresiones vacilantes, Casio se marchó y Pilatos se fue a sacrificar a sus dioses.

Entonces llegaron cuatro de los guardias que regresaban y le contaron a Pilatos lo mismo; pero Pilatos no les dijo nada, los mandó salir y se los envió a Caifás. En ese momento vi a la otra parte de la guardia en un patio grande cerca del Templo, donde estaban reunidos muchos judíos que deliberaban, y los sobornaron uno a uno con dinero y amenazas para que dijeran que los discípulos habían robado el cuerpo de Jesús mientras ellos estaban durmiendo. Cuando los guardias replicaron que sus compañeros, que habían ido a

informar a Pilatos, les podrían desmentir, los fariseos les prometieron que ya lo arreglarían todo con Pilatos.

En esto llegaron los cuatro guardias que enviaba Pilatos, que mantuvieron lo que habían dicho en casa del procurador. Se había corrido la voz de que José de Arimatea había salido de la cárcel de manera inexplicable con las puertas cerradas, y como los fariseos querían que se sospechara que los guardias que sostenían la verdad habían estado de acuerdo con los discípulos para llevar a cabo el rapto del cuerpo de Jesús, los amenazaron violentamente si no lo volvían a traer.

Entonces los guardias replicaron que no podían presentar el cuerpo, lo mismo que los guardias de la prisión tampoco podían traer a José de Arimatea, que también había desaparecido. Perseveraron denodadamente en sus palabras; no hubo coacción ni soborno que los hiciera callar, y hablaron tan libremente y en voz tan alta del cruel juicio del viernes y de que por su culpa la Pascua no había llegado a término que los detuvieron y los encerraron. Pero los otros esparcieron el rumor de que los discípulos habían robado a Jesús, y los fariseos, saduceos y herodianos extendieron por todas partes este embuste, que después esparcieron, aumentado con ultrajes a Jesús, por todas las sinagogas judías del mundo entero.

Sin embargo, esta mentira les aprovechó poco, pues después de la Resurrección de Jesús, muchas almas de judíos que habían muerto santos se aparecieron por doquier a muchos de sus descendientes que todavía eran capaces de recibir la gracia y conmovieron su corazón hasta que se convirtieron. Vi que tales apariciones llegaron también a muchos discípulos que, sacudidos en su fe, estaban desanimados y se habían dispersado por el país, y los consolaron y robustecieron su fe.

La resurrección de los cuerpos muertos que salieron de sus tumbas después de la muerte de Jesús no tuvo ningún parecido con la Resurrección del Señor, pues Jesús se levantó con su nuevo cuerpo resucitado, renovado y esclarecido, paseaba de día por la Tierra y con este cuerpo se fue al Cielo ante los ojos de sus amigos, y este cuerpo ya no volvió a estar sometido a la muerte y la sepultura. Pero los cuerpos resucitados sólo eran cadáveres ambulantes, sin movimientos, que sus almas recibieron como envolturas y que después las

almas volvieron a depositar en el seno de la Tierra a que esperaran con todos nosotros la resurrección del Último Día. Estaban menos resucitados que Lázaro, que realmente volvió a vivir y que más tarde padeció una segunda muerte, pues las almas volvieron a depositar sus cuerpos en sus tumbas como quien se quita un traje, lo mismo que llevaron el cuerpo de Jesús al sepulcro.